

tiren á un lugar desde el cual puedan ver, pero no oir.

Don Rodrigo escribió, y cuando hubo escrito entregó el papel á María.

—Consiento en esto, dijo severamente, porque temo si me opongo que me obligues á hacer algo terrible; tú estás loca, y es fuerza temerlo todo de ti.

—Cuando ese hombre haya muerto, dijo tristemente María, habré dejado de affigiros.

El alcalde se estremeció, y no se atrevió á pedir á María explicaciones de sus últimas palabras.

—Dentro de poco habré vuelto, dijo María.

—¡Pero sola!

—La cárcel está pocos pasos de esta casa, y nada me puede acontecer. Adios, señor, adios.

Y María salió.

—¡Dios mio, Dios mio! exclamó Santillana; ¡cuándo tendrás piedad de mí!

Y siguió paseándose á lo largo de su aposento.

CAPITULO XXV.

En el que se vé que María amaba de veras á Gabriel de Espinosa.

I.

Dormia tranquilamente Gabriel de Espinosa, harto ageno de que estaban ya contadas las horas de su vida, cuando el alcaide de la cárcel de Madrigal entró en la gran sala que le servia de encierro.

Los guardas de vista, que eran dos alguaciles de la ronda del alcalde Portocarrero, dormian profundamente, descuidados por el sueño de Gabriel.

El alcaide se acercó silenciosamente al lecho de Espinosa, le movió y le despertó.

—¿Qué diablos quereis? dijo de muy mal humor Espinosa. Don Rodrigo de Santillana se ha propuesto no dejarme ni una hora de descanso.

—No es don Rodrigo quien os busca, sino una dama, que aunque viene encubierta, parece jóven y hermosa.

—¡Una dama! ¿Os han sobornado, amigo Lanzuela?

—Guardárame yo como de ofender á Dios de dar lu-

gar á que don Rodrigo de Santillana me tendiese la vara, dijo el alcaide; con órden de don Rodrigo viene esa señora, y por eso entra; que si no, por más que yo os estime y os tenga en aprecio, no entraria. Con que vestíos, señor Gabriel, lo más pronto posible, porque esa dama da muestras de ser muy altiva y de tener poca paciencia.

Gabriel de Espinosa se echó fuera de la cama, y empezó á vestirse apresuradamente.

—Cuando estuviéreis vestido, dijo Lanzuela, avisadme, que yo espero cerca.

Y Lanzuela se acercó á los alguaciles y les despertó.

—¡Eh! ¿Qué es esto? dijo uno de los alguaciles mientras el otro se restregaba los ojos.

—Esto es, maese Rascon, que os habeis dormido como vuestro compañero Picatoste; que si yo diera parte de esto á don Rodrigo de Santillana, ya os daria que ras-car, señor Rascon.

—Hareis mal en decírselo, dijo Picatoste, porque ya conócéis que con lo que se nos hace trabajar y velar, y no reposar, tenemos hambre de sueño y no podemos con él.

—Pues á despabilarse, lebreles, y mucho ojo; porque va á entrar una persona á hablar con el preso, que requiere toda vuestra atencion; como que es una dama la tal persona.

—¡Ah! ¡Una dama! dijeron á un tiempo Rascon y Picatoste, hablando en voz tan baja como el alcaide que lo habia hecho para que no oyese sus palabras Gabriel de Espinosa, que se vestia sentado en su lecho, al otro extremo de la habitacion.

—Decid, señor Lanzuela, dijo Picatoste; si esa dama y el preso hablan muy bajo...

—Eso nada os importa; vosotros os pondreis lo más lejos posible; es decir, os vais á venir conmigo, y os quedareis mirando por la reja de la puerta del encierro. Con que venios que voy á avisar á esa dama de que ya he avisado al preso.

Lanzuela salió con Picatoste y Rascon.

—¿Quién será esa dama? decia Gabriel de Espinosa acabando de vestirse; no puede ser ella; todas mis súplicas no han bastado para que don Rodrigo me deje verla; ni aun he podido ver á mi Gabriela, á mi pequeño Sebastian, nacido en una prision. Esa dama que me busca, no puede ser tampoco doña Ana de Austria; que esos alcaldes son incorruptibles, y tienen un miedo al rey que nada puede vencer. Sin duda es alguna echadiza de que don Rodrigo de Santillana se vale para ver si puede arrancarme con engaños lo que no ha podido arrancarme con rigores y amenazas. El alcaide se ha llevado los guardias de vista; pero no hay que fiarse de ello. Sabe Dios cuantos ojos me miran aun cuando duermo.

Y acabándose de ajustar las agujetas del jubon, adelantó hácia la puerta, bajó á ella, y llamó.

II.

Oyéronse inmediatamente las tres ó cuatro llaves de la puerta del encierro, y apareció el alcaide.

—Héme aquí dispuesto, hermano Lanzuela, dijo Gabriel de Espinosa.

—Os advierto, que aunque me he llevado los alguaciles y puede pareceros que estais solos, no lo estais, dijo el alcaide.

—Eso ya lo sabia yo, sin que vos me lo dijerais; porque desde que estoy preso, cuando ha podido parecerme que he estado solo, es cuando he estado con más compañía.

—Yo cumplo con decíroslo.

—Muchas gracias, señor Lanzuela.

—Entrad, señora, cuando gustéis, dijo el alcaide volviéndose hácia la habitacion oscura que estaba antes de la puerta.

Gabriel y María de Santillana estaban en la apariencia completamente solos.

Pero desde detrás de la puerta, por la rejilla de hierro que en ella habia, observaban Picatoste y Rascon.

III.

María adelantó en silencio, dirigiéndose al fondo de la habitacion.

—¿A dónde vais, señora? dijo Gabriel de Espinosa.

—A ponerme todo lo lejos que pueda de aquella puerta, á fin de evitar si es posible que se oiga ni aún el murmullo de nuestras palabras.

La voz de María temblaba, y por ella se comprendia que estaba vivamente conmovida.

Gabriel de Espinosa la siguió hasta un ángulo de la habitacion, al extremo opuesto de aquel donde estaba situada la puerta.

María estaba de espaldas á ella.

Tomó una silla y se sentó, siempre de espaldas á la puerta.

—Sentáos de modo, dijo María, que mi cuerpo impedida que os vean desde la puerta.

Gabriel se sentó con extrañeza delante de María.

—¿Quién sois, señora? la preguntó.

—¿No me conocéis? dijo María.

—No puedo conoceros; teneis puesto un antifaz y tan echado el manto, como si fuerais de aventura.

—¡Y qué! ¿No es esta una aventura, y una aventura terrible, señor? ¿No conocéis mi voz?

—Vuestra voz tiembla.

—¡Ah! ¡Porque os amo, porque os veo perdido, y porque quien os ha perdido soy yo!

—¡Vos!

—¡Sí, yo! Y María se arrancó el antifaz.

—¡Mari Galana! exclamó Gabriel de Espinosa.

—¡No! más alto, más alto; ¡doña María de Santillana!

—¡Santillana! ¡Santillana siempre! ¡Dios ha hecho á los Santillanas para que me sean funestos! ¡Si! ¡Santillana habíais de ser! ¡Por qué no habia pensado hasta ahora en ello! ¡Habia atribuido á otras causas mi prision! ¡Yo no habia podido ni aún sospechar que aquella pobre mujer que me amaba, á la que yo no podia amar, pero á la que tenia un afecto compasivo, un afecto de padre, habia sido la miserable, que viendo en mi aposento, en el aposento de una posada, unas joyas, me delató, como se delata á un ladron!